

---

# MENÉNDEZ PELAYO

Y

## nuestros poetas

---

Hablaba Fíguro de las traducciones de comedias, y concluía, después de enumerar las condiciones exigibles á quienes en tal empresa literaria se aventuran: «Todo esto se necesita, y algo más, para traducir una comedia,—se entiende, bien—porque para traducirla mal no se necesita más que

atreimiento y diccionario.» «Por lo regular el que tiene que servirse del segundo, agregaba con su habitual donaire el grande escritor, no anda escaso del primero.»

Labor equiparable á la de las traducciones literarias se me antoja en gran parte la de las colecciones y antologías, por la aparente facilidad con que disimulan á los ojos de los inexpertos las dificultades que deberían hacerla tarea reservada á la pericia de los doctos.

Cuando á un criterio escaso ó inseguro se deben; cuando no van guiadas por un propósito fecundo y no son precedidas por la labor que imponen la investigación, el método, la crítica, sólo pueden ser útiles las compilaciones literarias para servir de amparo y refugio al entendimiento que, incapaz de crear, ha de contentarse con las apariencias materiales de haber creado.— Cuando hay una idea, cuando hay un orden que guíen la elección, y que hagan de ella en todo caso la sentencia de un proceso de crítica, adquieren las compilaciones la dignidad de las obras singularmente serias y fecundas y representan como una definitiva sanción del juicio literario respecto á los autores y las obras que admiten.

En el caso primero, puede bastar para la tarea del colector con la habilidad del Cortadillo de Cervantes, cuya ciencia y oficio eran los de *cortar muy delicadamente de tijera*,—y puede bien suplir á la ausencia del criterio y el gusto, el atrevimiento que Figaro asociaba al diccionario de los traductores.—En el segundo caso, supone la antología una preparación y un pleno dominio de aquel campo donde se han espigado los modelos que ofrece, que casi autorizarían al colector para escribir la crítica y la historia de la literatura ó el período literario cuyos frutos ha aspirado á seleccionar.

Del antologista á quien no impulsan otros móviles que propósito iliterario del lucro, ó simplemente las tendencias de nuestro moderno prurito de publicidad y la ambición inocente de ver campea su nombre en la portada de un libro, al hombre de talento que, semejante en este acto de altruismo literario al traductor de buena ley, pone todas las fuerzas del propio espíritu en la obra de revelar, realzar y difundir ejecutorias de la nobleza ajena, va la distancia que media de don José Domingo Cortés á Marcelino Menéndez y Pelayo.

Una selección de poesías, que en manos del colector del primer orden resulta facilísimo empeño, porque es labor puramente mecánica, obra oscura, es materia de la más noble labor intelectual entendida como dentro de la poesía de nuestra habla la entendieron Fernando Wolf y Manuel José Quintana, Agustín Durán y Bohl de Fáber, Eugenio de Ochoa y Juan María Gutiérrez.

Conciliar con las exigencias de la representación harmónica y total de todos los estilos y tendencias, y la sujeción á un método histórico, las imposiciones imprescriptibles del buen gusto; hacer que se destaque, por elección de los ejemplos, la nota propia y personal de cada autor; dar fiel idea del tránsito de una á otra época ó escuela literaria; lograr, en fin, que de la armonía del conjunto resulte, claro y distinto, el traslado

de determinada manifestación de literatura dentro del límite que en el espacio y el tiempo se ha trazado: todas estas cosas debe proponerse el autor de Antologías que quiera hacer de su obra algo más que un libro de lectura y deleite ó una acumulación inorgánica, y todas debe obtenerlas para que ella constituya en verdad, según exige el propio autor de la que va á ser objeto de esta crítica, trabajo previo y poderosísimo auxiliar en la historia de una literatura.

Sugiérenos estas consideraciones la aparición de un nuevo tomo de la Antología de líricos americanos que publica, bajo los auspicios de la Academia Española, el sabio historiador de las Ideas Estéticas.—Ofrece para nosotros este cuarto tomo, con el que llega á su término la colección, el interés de hallarse en él comprendida la parte reservada á los poetas de nuestra nacionalidad en ese vasto *Cancionero* de América.

Pasemos á exponer nuestras impresiones de su lectura.

La historia de nuestra poesía nacional ofrece, en sus orígenes, un valor expresivo del carácter y la constitución social de nuestro pueblo de entonces, que no es cosa fácil hallar, por aquel tiempo, en otros pueblos de América.—Hidalgo y Figueroa comparten la personificación de nuestro más remoto pasado literario, significando admirablemente, en su espíritu y su obra, con exactitud que les imprime carácter de *personajes representativos*, como diría el autor de *Los Héroes*, la interesante dualidad de la sociedad del tiempo en que actuaron.

El autor del «Diario del sitio» dió expresión á las últimas resistencias del espíritu urbano y español; espíritu que dejó para siempre en su poesía, como un sello imborrable, la impresión de la vida trivial, humilde, prosaica, sometida á un ritmo lento y monótono, del centro colonial; así como en la arquitectura risueña y sencilla de sus versos pareció reflejar más tarde, el viejo poeta del himno, un poco del aspecto de la ciudad cuya crónica de cincuenta años palpita pintoresca y animada en su producción constante y fecundísima.—Hidalgo, en tanto, creaba la forma en la que hubiera podido cantarse la «epopeya de la montonera».—Merced á él, además de llevar la representación de las aspiraciones democráticas y de los instintos indómitos del pueblo por nuestro modo de colaboración en el drama revolucionario, fuimos también demócratas, plebeyos, en literatura.—La tradición de Artigas, el recuerdo de los montoneros que habían inoculado la sangre bravía del desierto al organismo de Mayo, pueden bien enlazarse con los coloquios de los gauchos que Hidalgo hacía platicar en su lenguaje ingenuo sobre las cosas de ciudad; á la manera como el clasicismo solemne y majestuoso de Luca y de Varela armonizaba cumplidamente con la cultura de la época de organización que empieza en 1821 y representaba, con sus tendencias á un elevado magisterio social, como la poética consagración de la política de Rivadavia.

Uno y otro, el poeta modelado en el espíritu de la sociedad colonial y el poeta de

la libertad de las cuchillas, aparecen, en la introducción del libro que me ocupa, relativamente bien comprendidos y juzgados.

La fisonomía picaresca y vivaz de Figueroa, que así en lo intelectual como en lo físico recuerdan motivadamente al colector la de D. Manuel Bretón de los Herreros; su destreza incomparable de versificador; su optimismo regocijado é ingenuo, su vena abundantísima, encuentran la más justa y acertada expresión en el análisis, tan breve como sustancioso, de que se hace objeto á su personalidad literaria.—Sólo como poeta sagrado me parece que se le elogia con tibieza.—En cuanto á Hidalgo, las dificultades que poesía tan llena como la suya del alma de determinada parcialidad humana y tan apegada á los ápices del localismo, ofrece para la inteligencia plena de sus versos por todos aquellos que no los reconozcan como la expresión de algo propio,—ó de algo, por lo menos, que duerme en las reconditeces de su naturaleza moral, como un vestigio atávico, y se despierta obediente á la áspera evocación de aquellos versos rudos—explican bien la insuficiencia y la fugacidad del juicio que se le consagra.—A pesar de ello, la poesía gauchesca es apreciada por el crítico en su fresco sabor de naturalidad, en su sencillez agreste y hermosa, en su sentimiento á veces profundo; y el *Fausto* de Del Campo y el *Martín Fierro* de Hernández, de los que se habla en la sección argentina, son presentados con casi todos los encarecimientos que esas felicísimas invenciones merecen.

De las páginas concedidas á Hidalgo y Figueroa se pasa en la colección á las que exhiben la dulce y candorosa poesía de Adolfo Berro, representante entre nosotros del advenimiento de la época literaria que tuvo el romanticismo por carácter y escuela, y por impulso la presencia de la emigración argentina que incorporó á nuestra cultura naciente las fuerzas de su espíritu, encerrando, durante cerca de tres lustros, el brillo y la animación de una intelectualidad de resplandores atenienses en el marco de bronce de una acción espartana.

Opino que las composiciones de Adolfo Berro que se incluyen en la colección han sido elegidas con acierto, y me parecen igualmente atinadas la presentación y el juicio del autor.—«Fué, más que un poeta, la esperanza de un poeta.» Sería imposible concretar la justa apreciación de su personalidad en menos palabras.—Pero el nombre y la obra del piadoso cantor de todos los miserables y todos los irredimidos, no tienen nada que temer de estas veracidades saludables del juicio póstumo.—Siempre ha de admirarse en él la flor del ingenio noblemente orientado y tempranamente marchito, y hay, además, en su concepto del arte y en su forma, condiciones que nunca merecerán ser olvidadas.—La sencillez y el candor,—los dos caracteres de la expresión y el sentimiento que reflejan en su poesía la imagen de un espíritu á quien sería dado definir con cierto austero apotegma de la juventud de Víctor Hugo: *El poeta como el orador es vir bonus*—pueden señalarse por ejemplo oportuno en nuestros tiempos y sin abrigar el temor de

que haya nadie que se sienta impulsado, como lo fué alguna vez el pobrepoeta «que vió llegar las sombras de su noche en el albor del día», á los extremos infantiles de la ingenuidad.

Nuestra tentación, desde que el autor de la *Atlántida* desplegó sobre nuestro espíritu, ya de suyo inclinado á todas las opulencias de la forma y el color, la audacia fascinadora de sus vuelos, suele ser la afectación declamatoria, la hojarasca brillante, el alarde inmoderado de fuerza, á menudo puramente retórica y ficticia, lo que llamó Argensola «el follaje ambicioso del ornato».—La artificiosidad decadente ha vertido, además, en nuestro vaso aun no bien cancelado por el tiempo, algunas gotas del filtro mágico y sobreexcitador que viejos pueblos beben en copa bizantinaamente trabajada.—Conviene que hagamos aspirar, de vez en cuando, á nuestro espíritu, la dulce serenidad, los aires puros, las fragancias agrestes, que van siendo de día en día más extraños á nuestro medio intelectual. Adolfo Berro, cuya mente de poeta no ha de estimarse por el valor de su obra realizada, á la manera como no se enaltece el nombre de Elbio Fernández ó de José María Vidal tomando por único fundamento sus páginas escritas, ni se gradúa la admiración debida al carácter de Prudencio Vázquez y Vega por la magnitud de su rapidísima acción, debe durar eternamente en el espíritu de la juventud que realice lo que en él fué promesa y esperanza, como una memoria noble y querida.

Alejandro Magariños Cervantes está juzgado en el prólogo de la Antología que comentamos, con una exactitud y una justa proporción de elogios y censuras, que vienen á fijar sólidamente el criterio de la posteridad sobre tal poeta; á quien el voto de la crítica, ó por decir mejor, el *silent vote* de la opinión literaria, entre nosotros, ó bien enaltece, sin leerle ni estudiarle, ni más noble y reflexivo fundamento que la fuerza de inercia de la gloria que le rodeara su vida, ó bien considera bajo el imperio de una reacción desatentada que tiende á menguar más de lo justificable y oportuno la razón de tal gloria.

Ciertos aspectos del poeta, poco estudiados en relación al interés que ellos ofrecen (sirva de ejemplo la insuficiente apreciación del poderoso concurso prestado por el autor del *Celiar*, como cantor de la naturaleza y las costumbres, á la obra iniciadora de una originalidad americana en poesía); ciertos errores de información (*Palmas y Ombúes*, por ejemplo, son para Menéndez Pelayo, la colección completa y definitiva de los versos del poeta) no menoscaban sino en mínima parte el acierto y la verdad del conjunto.

Pero si juiciosa y definitiva considero la página que consagra el comentador á la personalidad de Alejandro Magariños Cervantes, juzgo desacertada la elección de los versos que el colector escoge en su vasta obra por modelo.—*Ondas y nubes* me parece de las composiciones más fugitivas y triviales del viejo poeta en quien admiramos ahora más que el positivo valor del poeta mismo, la personificación patriarcal y vene-

rable de una época de ruda iniciación y de entusiasmos generosos en los anales de nuestra literatura nacional.

Aparte la mediocridad absoluta de esos versos, ellos no ponen en manera alguna ante los ojos del lector la imagen fiel de la poesía de Magariños Cervantes, ni dan idea de su elemento peculiar y su sello característico.

La condición más interesante y más hermosa de su fecunda producción; aquella por la que vive indisolublemente vinculada á los recuerdos de medio siglo de luchas, de sacrificios y dolores, es el ser obra viva en favor de una regeneración y un ideal, labor de misionero, ó de soldado, ó de tribuno,— algo así como la tremulación, en fuertes manos, de una enseña de fraternidad y de civismo; condición por la cual no se ha manifestado sobre el haz de la tierra donde ese noble guión de los sentimientos colectivos onduló, un generoso esfuerzo, ó un recuerdo de gloria, ó una alentadora esperanza, que no haya encontrado eco y repercusión en la palabra del poeta, vibrante según la imagen de quien tomó de sus manos la lira consagrada para las glorificaciones del sentimiento nacional, como el «corazón de nuestra historia».—*Ondas y nubes*, entre tanto, es la manifestación de un lirismo gárrulo y vacío.

Si alguna vez me tocara penetrar en la obra del viejo cantor de las jornadas de la Defensa; para hacer destacarse del nivel del conjunto aquellos trozos que en mi sentir merecen ser señalados á la atención del coleccionador, no iría á buscarlos, ciertamente, en los que manifiestan la irreflexiva imitación de los modelos románticos, ni en los acentos íntimos, flotantes por lo general en una zona donde ni la tempestad ruge poderosa y siniestra ni un sol triunfal pone los tonos ardientes de la vida; sino en aquellos otros que constituyen la realización de un generoso programa de poesía viril y pensadora, ó en los que fueron madurados al calor de los primeros anhelos de conceder una expresión original y genuina á las cosas de nuestra naturaleza y nuestra sociedad.

Elegiría ciertos fragmentos de *Los hijos del genio* que me parecen animados de inspiración noble y robusta, ó el *Derrotero*, que es una hermosa profesión de fe de la poesía americana; elegiría *La Gloria*, donde se idealiza y describe con toques de un pincel brillante y animado la Odisea del explorador; elegiría *En las Piedras*, donde percibo algo del soplo á un tiempo heroico y candoroso que bate la frente de aquel niño inmortal de Víctor Hugo que pide *pólvora y balas* sobre las ruinas desoladas de Chio.

Llego en mis comentarios á la parte para la que reservaba el tono de una enérgica desaprobación.—Los reparos que he puesto no han sido hasta ahora sino la exposición insegura, incierta, de mis dudas. Al llegar aquí, me iergo, á mi pesar, y levanto franca y confiadamente mi protesta.

Falta un nombre en la Antología.

Juan Carlos Gómez, que en concepto de muchos debió ocupar en esta parte de ella el puesto de honor, no es siquiera aceptado á participar de la representación del senti-

miento lírico de su pueblo.—Proscripto él mismo, en la realidad de la vida, y aún en el sueño de la muerte, que duerme en tierra extraña, estábale reservada de esta manera, á su obra de poeta, la dura suerte de una proscripción no menos injusta.

Me doy exacta cuenta del pensamiento á que obedece y el plan en que se encuadra la obra que ocasiona esta crítica; subordinada á una rigurosa selección que limita por la misma amplitud del campo que ella abarca en el espacio y el tiempo, el número de autores aceptados en cada parte de la Antología; y respetando de buen grado este criterio del colector, que me parece el único practicable, ó el único oportuno en su obra, adviértase que no le hago cargos por la exclusión de Pedro Pablo Bermúdez, en quien reconozco el primero que consagró esfuerzos audaces á la victoria de una poesía empapada en el sentimiento de la tradición y el jugo de la tierra; ni de Melchor Pacheco, por cuya personalidad tengo veneración casi idolátrica; ni de Enrique de Arrascaeta, en quien no todo dejó de superar el nivel de la mediocridad; ni de Heracleo Fajardo, á quien concede la Antología la semi-hospitalidad de la mención en una nota; ni de Fermín Ferreira y Artigas, que electrizó á una generación con su palabra de tribuno y todavía nos conmueve con no pocos de sus acentos de poeta.

Si considero injusta la proscripción de que se ha hecho objeto á Juan Carlos Gómez, es porque creo que difícilmente podía haberse excluido de la colección nombre que más la honrara y que reuniese más valor representativo.

*La Libertad*, que para Menéndez Pelayo no parece ser sino una insoportable declamación versificada, es la que se invoca en primer término, como documento de prueba, en esa dura sentencia de exclusión.

Toda defensa de aquel canto puede ser sospechada de una parcialidad inevitable y generosa en labios de quienes lo recitamos y lo amamos desde la niñez.—Tres generaciones, antes de nosotros, lo han llevado en su espíritu, asociándolo, como una promesa; á sus anhelos de un futuro mejor,—esculpidos sus versos en la más segura intimidad de la memoria; tres generaciones lo han entonado en todas las horas solemnes de su acción y en medio de todas las sensaciones profundas del civismo, como un Credo: en los entusiasmos febriles de la lucha, en las horas amargas y frecuentes de la decepción, en las soledades sombrías del destierro, en las iluminaciones fugaces de la esperanza.

El imperio de esta tradición constante y prestigiosa, que ha incorporado al número de las cosas queridas del sentimiento nacional el viejo canto del tribuno, es seguramente un obstáculo difícil de evitar para que nosotros nos alleguemos á juzgarle con la severidad del criterio desapasionado.

«En nuestros pueblos, decía una vez Miguel Cané,—y á propósito de la misma avasalladora influencia de la palabra de Juan Carlos Gómez,—la impersonalidad literaria es imposible.»—Hay un lazo fatal, en el limitado escenario de nuestras democracias, por el que se vincula indisolublemente á la

existencia y la obra de cada uno, su palabra, su prédica, su exhortación.

Cuando José Pedro Varela canta á la muchedumbre anhelante de los niños que la enseñanza congrega y conduce al porvenir bajo su égida de luz, la estrofa resuena en nuestro espíritu con unción evangélica, el verso adquiere alas de su vinculación con el recuerdo de la acción redentora; y cuando se lee á Juan Chassaing, saludando en la bandera de Mayo, el símbolo del ideal á cuyo honor consagró las energías de un alma pura y fuerte, para los que conocen la vida y el ejemplo del ciudadano tienen aquellos versos una repercusión moral que indudablemente supera al efecto aislado de una inspiración que no alcanza á las cumbres.

Es indudable que el prestigio de *La Libertad* ha reposado, en mucha parte, para nosotros, sobre ese pedestal labrado por la acción á la palabra; es indudable que los esfuerzos, y las prédicas, y los dolores, de medio siglo de una constante personificación de la inteligencia incorruptible que flota como un lampo de luz sobre las maldades triunfantes y tentadoras de la vida, han contribuido á formar al rededor de aquella composición una atmósfera electrizada y luminosa; han puesto en sus acentos una poderosa vibración que no hallará, de seguro, en la letra inanimada quien no recite aquellos versos llevando la imagen del poeta en la memoria y el culto de su ejemplo en el corazón. Pero yo confío en que aún allí donde no alcance esta influencia prestigiosa á que no podemos sustraernos, los alexandrinos de «*La Libertad*» resonarán con la entonación de la verdadera poesía en aquellas almas capaces de apasionarse por los buenos y verdaderos pensamientos que el cincel de una forma hermosa ha acariciado!

Que hay en ellos pasajes que hoy nos suenan á declamaciones de colegio; que los deslucen en alguna parte ciertas notas de lirismo infantil y ciertas galas de retórica candorosa, no seré yo quien lo dude. Pero la vida interna, el soplo ardiente que constituyen á aquel canto en un vivo organismo lírico, lo redimen largamente á mi ver, de todos sus pecados de la forma y todas sus faltas contra el gusto. Podría comparársele con un corazón que al palpitar da sonos melodiosos.—Es, además, tomando el americanismo poético en un amplio sentido, una composición esencialmente americana. No tanto por la rememoración feliz de la Epopeya, que hace vibrar sonos heroicos y triunfales enfervorizando la corriente hasta entonces majestuosa, serena, de la narración; no tanto por aquellas estrofas de poderosa síntesis descriptiva en que aparece la naturaleza del Nuevo Mundo brindando su seno pródigo á la libertad proscripita de todos los climas y los tiempos; cuanto por significar, por su misma ingenuidad y su mismo abandono, el sentimiento intenso de la libertad que dominaba en el espíritu de pueblos que acababan de conquistarla, al precio de un inmenso heroísmo, luchando por su sér de naciones, y aun derramaban sangre por estrecharla con abrazo viril en el orden de su vida interna.

La libertad que habían cantado los poe-

tas americanos hasta entonces, era la diosa clásica, la libertad que tuvo por atributos el gorro frigio y el ramo de laurel, y fué adorada en la cúspide del Aventino.—No era este intenso amor, este ardoroso y humano sentimiento, que se manifestaba, independiente de toda vestidura simbólica, en el canto que *El Nacional* de 1842 lanzó á los vientos, en vísperas de la Defensa, cuando era llegado para la generación gloriosa de su autor, la hora de la acción y del civismo

\* Y no es *La Libertad* el solo título de poeta que pueda ofrecerse á la sanción de la posteridad en nombre de Juan Carlos Gómez.—Yo encuentro intensa poesía en sus composiciones de sentimiento personal que á Menéndez Pelayo le parecen selladas por el amaneramiento de una escuela. Y no la encuentro de la estirpe que vive exclusivamente vinculada á ciertas convenciones de los tiempos y ciertas oportunidades del gusto, sino de aquella que se encamina derechamente á lo más íntimo del alma, de la que es idioma grato y compensible para los hombres de todas las latitudes y de todas las épocas.—«*Gotas de llanto*» será siempre leída con emoción y con deleite por cuantos sepan de la poesía que nace del recogimiento del recuerdo.—«*Ida y vuelta*» es un romance de una delicadeza encantadora, donde ni el verso ni el espíritu descubren rastro de artificiosidad ó afectación. «*Agua dormida*» me parece de las cosas más bellas con que una naturaleza á un tiempo viril y delicada ha podido expresarse en el lenguaje de los poetas. «*Cedro y Palma*», «*Reminiscencias*», «*A una ausente*», son algo más en mi sentir que inspiraciones de un pasajero sentimiento romántico.—Juan Carlos Gómez, á la manera de Nicomedes Pastor Díaz, uno de los tribunos de más varonil y resonante elocuencia que hayan hollado en nuestro siglo la tribuna española, y á la vez el más sentimental, el más íntimo, el más suave, de los poetas de nuestra habla que preceden á Becquer, ofrece ejemplo de una mente de publicista que es toda bronce y toda fuego en la vida de la polémica y la acción, extrañamente asociada á una vena lírica que brota, mansa y rumorosa, en la región de las supremas delicadezas.

Tales son las observaciones que se nos ocurren respecto de la selección verificada en nuestra poesía y el juicio formulado sobre nuestros poetas, por el autor de la Antología de líricos americanos.—Agregaremos, como consideración final, que no debe juzgarse por el acierto, bien inconstante y discutible, que manifiesta esta parte de la colección, el revelado en el vasto conjunto de la obra.—Ella ha llegado á término, y ofrece á la crítica americana un interesantísimo asunto que abordar.—Acaso nos lo pongamos nosotros algún día; pero anticipando desde ya la fórmula que concreta nuestro juicio y nuestras impresiones, nos será permitido dirigir un aplauso y una protesta de gratitud, con los que interpretamos seguramente el sentimiento de América, al autor de la Antología que viene á solemnizar y consumir la incorporación de la obra de sus poetas al común acervo de la lengua española.

Los merece también, y no se los escatimamos por nuestra parte, la Academia que ha tomado bajo sus auspicios esta empresa literaria de positiva significación para el afianzamiento de la amistad de nuestros pueblos con la metrópoli que puede aspirar todavía á recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu.

El intercambio de ideas y de ingenio; las corrientes mensajeras de la actividad de la vida intelectual; el amor revelado en la consideración de las cosas de los unos por las mentes selectas de los otros, son vínculos más fuertes, más seguros, que los que pueden originarse de la organización oficial y artificiosa de instituciones que velen en cada zona de la vasta unidad castellana, á modo de vestales, por la integridad, ó la inmovilidad, de la lengua.

Emilio Castelar, manteniendo constantemente viva la palabra de la reconciliación y la unidad eterna de la raza, en las más altas cumbres de la tribuna; don Juan Valera, interesando, á favor del aticismo y la espiritualidad de las «*Cartas Americanas*», la atención del público español en los nombres y obras de la actual literatura del continente; y Marcelino Menéndez y Pelayo, saliendo triunfador de la primera tentativa encaminada á harmonizar las inspiraciones superiores de nuestros poetas, en un conjunto ordenado bajo las prescripciones más seguras del criterio y del gusto, han realizado los tres esfuerzos más eficaces y plausibles entre los que han podido consagrarse al buen éxito de obra tan noble y tan fecunda como la de estrechar los lazos de fraternidad intelectual de España y América.

JOSÉ E. RODÓ.

## ODAS DE HORACIO

(TRADUCCIÓN)

*Diffugere nives.*  
(Lib. IV., Od. 7.)

Por fin la nieve es ida;  
Recobra su verdura la pradera,  
El árbol la perdida  
Froncosa cabellera,  
Y á la tierra vistió la primavera.

El desbordado río  
Vuelve otra vez al cauce y va besando  
La orilla, sin desvío.  
Aglaya procurando  
Las Ninfas, todas ellas van danzando.

Y el año y las mudables  
Horas que vemos devorar al día,  
Nos muestran inestables  
El goce y la alegría,  
Pues que huyen años y horas á porfía.

Á los sañudos fríos  
Ablanda el dulce Céfito temprano,  
Y luego los estíos  
Se rinden al verano,  
Cuyo fin, á su vez, está cercano.